

PERSONAS DE MUNDO

Entrevistas de Margarita Serrano

MONSEÑOR BERNARDINO PIÑERA

Abogado de Dios

Está justo al medio entre lo humano y lo divino. Ni tan cerca del hombre como para dejarse arrastrar por la tragedia terrenal, ni tan cerca de Dios como para inspirar misticismo o perdón.

Monseñor Bernardino Pinera es en su expresión, en la medida de sus palabras, en la rigidez de su sotana, en lo defendida de su mirada, en su falta de titubeo, y hasta de repente en la calidez de su inmensa sonrisa, la encarnación más inteligente de lo que la Iglesia quiere ser en una sociedad: ese vínculo atemporal —riguroso e incólume; acogedor y esperanzador- entre los hombres y Dios.

Por eso se entiende con moros y cristianos en un Chile donde uno de los terrenos más espinudos es el de las relaciones de la Iglesia y el Gobierno. Son sus palabras las que más se acercan a la ecuanimidad. En ellas dice sin decir, o no dice diciendo, pero de alguna manera pasan, con todo el riesgo que ello también implica: el de transformarse en un diplomático al que se le olvidó ser pastor. Sin embargo, encontrarse con Monseñor Piñera es descubrir que es verdad que se cuida, pero que también es verdad que no transa. Que es tan bueno como sagaz.

Estudió medicina y se tituló de médico fisiólogo. Ejerció durante dos años y entonces lo dejó todo para ser sacerdote. Ocasionalmente ha vuelto a ejercer la medicina, cuando se trata de casos urgentes, pero básicamente no debe querer "servir a dos señores". Tiene 69 años, confiesa bajando la voz "porque a mis hermanas no les gusta que yo diga mi edad, para que no se recuerde la de ellas". Y hace 28 que es obispo: 3 años fue Obispo Auxiliar de Talca, 17 años Obispo de Temuco, 7 años Secretario de la Conferencia Episcopal en Santiago, y desde hace un año y medio que es Obispo de La Serena y Presidente de la Conferencia Episcopal. Esto último le significa venir a Santiago una vez al mes y formar parte de una "responsabilidad compartida, de una tarca colegial" que le resulta estimulante y variada en relación a su labor como obispo, en la que responde sólo a su diócesis.

Es parco para responder cuando se trata de su vida personal. Escasamente pronuncia unos monosílabos; en el peor de los casos, responde con el silencio definitivo. Considera que su vida personal no es de interés para nadie. Y se equivoca. Pero no está dispuesto ni siquiera a replantearse. Lo que sí está dispuesto a hacer es a pedir disculpas por su sequedad, con una sonrisa humilde que conmueve, "Mis respuestas son en blanco y negro. Usted le pondrá el color".

Son cuatro hermanos, dos hombres y dos mujeres. Bernardino, así se llamaba su abuelo, es menor que José, el ex diplomático y hombre público a quien se ve habitualmente en foros, juntas de accionistas o acontecimientos de diversa naturaleza. Ese don Pepe Piñera que ahora es también conocido por ser papá de varios destacados profesionales: José, ex ministro de este gobierno; Sebastián y Pablo, economistas del sector privado, y Miguel, el cantante. Por otra parte están sus hermanas Marie Louise y Paulette, con quienes también tiene una relación cercana y constituyen otra

fuente importante de sobrinos, entre ellos, el ex alcalde Hernán Chadwick el dirigente juvenil Andrés Chadwick.

—Parece que usted sí que conoce bien eso de "a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos"...

—No, también los sobrinos vienen de Dios.

Sonríe benevolente y admite que con todos tiene muy buena relación. Y no dice nada más. Una pincelada de color a su blanco y negro: cuentan que una vez se quiso estacionar en un lugar que le quedaba muy cómodo y un carabinero lo hizo salir. Monseñor le explicó quién era él y por qué necesitaba dejar ahí su auto, pero su interlocutor no aceptó ninguna explicación hasta que el obispo le contó que era el tío de Miguel Pinera. Todo cambió, la cara del carabinero se deslumbró y lo autorizó para estacionarse donde quisiera. Posiblemente consigue más cosas como tío del cantante que como Presidente de la Conferencia Episcopal.

Candidato a Rector de la Universidad Católica

Su nombre era el que la Iglesia defendía para Rector de la Universidad Católica. Según versiones extraoficiales, el gobierno tenía otro nombre y durante un tiempo la impasse fue total; ninguna de las dos partes estaba dispuesta a ceder. Al parecer, la situación fue bastante más tensa de lo que se tradujo a la luz pública, hasta que lograron ponerse de acuerdo en la persona del actual rector.

— ¿A usted le habría gustado ser Rector de la Universidad Católica?

—Es una pregunta que yo nunca me haría. Uno está habituado a aceptar el cargo que le den. Me habría costado mucho dejar el arzobispado de La Serena, porque estoy muy contento y estoy en mi vocación. Pero no habría rechazado el nombramiento y me habría interesado ser rector, porque es un cargo extremadamente interesante.

—En estricto rigor, ¿cuánta injerencia debe tener la Iglesia en ese nombramiento?

—Según los estatutos de la Universidad Católica, es la autoridad eclesiástica la que designa al rector. Y en este caso, la autoridad eclesiástica fue la Santa Sede que designó a Juan de Dios Vial.

—Sin embargo ha trascendido la injerencia que tuvo el gobierno en ese nombramiento. Por otro lado, el Ministro de Educación declaró públicamente que en la medida en que el Estado subvencionaba a dicha Universidad tenía derechos sobre ese nombramiento.

—Si es así, sería una tesis nueva, porque desde siempre las universidades particulares en Chile han recibido ayuda económica del Estado y jamás ningún gobierno ha pretendido nombrar a un rector. El hecho de subvencionar una institución no concede el derecho a designar a un rector o a intervenir en ello al gobierno. Al menos ésa no ha sido la costumbre.

—Sin embargo, en esta designación hubo participación del Estado...

—Habría que preguntárselo a los protagonistas, a Monseñor Fresno o al Señor Nuncio. Es evidente que vivimos en Chile una situación especial.

— *¿Y usted estaba al tanto de que era el candidato de la Iglesia?*

—Alguna vez leí mi nombre en la prensa. Pero poco les comunican a los interesados los proyectos que tienen para uno...

La sala, sobria y amplia, se inunda con una carcajada.

La injusticia de la violencia

—*Monseñor, el país está viviendo en una espiral de violencia, que se ha visto exacerbada por el secuestro y muerte de tres miembros del Partido Comunista, ¿Cree usted que este hecho, que ha sido unánimemente repudiado, marca el límite de lo tolerable?*

—Los pueblos han tolerado mucho más que esto, por lo tanto no hay un límite de lo tolerable. Lo que sí puedo decir es que nosotros vemos con mucha preocupación que el país se está polarizando entre dos posiciones extremas, cada una de las cuales recurre a alguna forma de violencia. Y la gran masa del país no quiere violencia, pero sí quiere participar en la construcción del país; se siente marginada, silenciosa, impotente. Nosotros deseáramos que el pueblo chileno volviera a asumir la responsabilidad plena de su destino, a través de la participación constructiva y pacífica que excluya la violencia, que siempre es una injusticia, porque es una minoría que quiere imponer su punto de vista a una mayoría.

—*¿Le parece a usted que podemos acercarnos a un clima de reflexión y de recogimiento del cual podamos sacar algo positivo?*

—Yo creo que el país siente una angustia de que su destino esté en pocas manos, y siente el deseo de una participación colectiva. Se puede usar la palabra democracia, pero sin ligar la idea de participación a una forma determinada de democracia. Yo creo que muchos piensan que las formas políticas deben cambiar, porque el mundo está cambiando, pero sí desean participar en forma consciente y responsable en el futuro de su país.

—*Una carta de los Obispos pide que "todos los chilenos participemos en la mesa de las decisiones". ¿Cómo se hace eso?*

—Yo no quisiera entrar en los medios para lograrlo, porque pueden ser muy diferentes. Tal vez las leyes políticas que la Junta de Gobierno estudia actualmente podrían proporcionar los medios de participación. Pero éstos son detalles que les corresponden estudiar a los políticos. Lo que nosotros vemos, desde el punto de vista de la Iglesia, es la conveniencia para el país de que el pueblo chileno entero encuentre canales normales para participar en forma responsable y constructiva en nuestro futuro. Especialmente en una época histórica en la cual el mundo entero está en crisis y se tiene la

sensación de ingresar en una nueva era, por los adelantos tecnológicos y científicos que están proporcionando cambios políticos, sociales y económicos. En este momento, en que nuestro país está entrando en una era nueva, creemos que sería sano que todos fueran llamados a participar.

¿Predicar en el desierto?

— ¿Qué papel le parece que está cumpliendo la Iglesia para conseguirlo?

—La Iglesia actúa en la vida del país por ser la Iglesia, por el conjunto de su acción pastoral habitual, a través de sus parroquias, comunidades, colegios, etc. Nosotros la comparamos con la acción de la levadura, como dice la parábola evangélica, colocada en medio de la harina y que tiende a hacer fermentar la masa. Ese es nuestro papel permanente, ésa es nuestra misión evangélica que se realiza por los valores espirituales, de oración y de fe, y además por sus compromisos sociales. Ahora, independientemente de eso, puede ser que alguna vez sea oportuno que algún miembro de la Iglesia tenga alguna intervención específica, para prestarle algún servicio al país si es que éste puede ser útil.

—En estos últimos años parece que este papel ha dejado de ser excepcional y es ya casi permanente... La Iglesia ha pasado a ser una voz importante y conflictiva.

—Este servicio nosotros lo hemos estado prestando en forma continuada a través de declaraciones que tienden a orientar un poco. También en los últimos tiempos el Arzobispo de Santiago ha promovido reuniones, pero ésas son cosas accidentales que en cualquier momento estamos dispuestos a hacer, Pero básicamente la Iglesia actúa en el país por ser lo que ella es: la levadura en medio de la harina.

— *¿Y qué es lo que consigue la levadura?*

—Transformar la harina, que no es comestible, en pan, que sí lo es. La Iglesia en una sociedad que la acoge, como ha sido la sociedad chilena hace cuatro siglos, va transformando una harina en pan. Es decir, algo insípido e indigesto en algo sabroso y agradable.

— *¿Y es la vida misma la que la Iglesia debe tornar sabrosa y agradable?*

—Sí, la harina en esta parábola es la vida, es el mundo, es la historia, es la sociedad humana, es la naturaleza. Y la levadura es la revelación de Dios, es el mensaje de la Biblia, de Cristo.

— *¿Y a usted le parece que en el Chile de hoy están cumpliendo esa misión?*

—La Iglesia puede hablar. Otra cosa es si se la escucha o no.

— *¿No estarán predicando en el desierto?*

—Por el contrario, creo que la voz de los obispos es más escuchada hoy día que en ninguna otra

época de la que yo tenga recuerdos. Los tirajes de las publicaciones del episcopado son muchos mayores que en otros tiempos, y el interés de la prensa por publicar nuestro pensamiento es más grande que nunca.

—Pero si vemos los resultados; Monseñor Fresno pidió desesperadamente después del caso del padre Jarlan, "ningún muerto más" y cuente cuántos van. En Semana Santa pidió que "resucitáramos del medio del odio".

—Los que matan no suelen ser los que se inspiran en los documentos de los obispos. Tenemos plena conciencia de que hay muchos que rechazan la voz de la Iglesia, pero seguimos hablando y sabemos que una gran masa de la población nos escucha y nos sigue. Nuestro país tiene una raíz cristiana muy fuerte, y aunque algunos estén alejados de la Iglesia, de todos modos vibran con la respuesta evangélica ante los grandes problemas de la vida y del país.

— ¿Y tiene su voz la acogida esperada por parte de la autoridad?

—Nosotros no hablamos directamente a la autoridad, hablamos a todo el pueblo fiel. Cada cual ve hasta qué punto toma en cuenta lo que nosotros decimos.

—Pero como se trata de un gobierno católico, ¿cree usted que si hubiera una respuesta más positiva de su parte, reaccionaría mejor la ciudadanía en general?

—No existe en este instante un diálogo fluido entre los obispos y los que detentan el poder, si bien puede haber excelentes relaciones entre obispos y personas que están en el gobierno.

—Si ese diálogo fuera más fluido, ¿habría menos violencia?

—Si todos los sectores se inspiran en el Evangelio desaparecería toda violencia, pero hay que ser realistas. Vivimos en un mundo en que la violencia existe en todas partes, no solamente en Chile. Pero nosotros seguiremos hablando de este tema, porque consideramos que es parte de la desgracia de otros países que están descuartizados por la violencia.

En la Vicaría

—Hay un tema que ha sido muy controvertido en las últimas semanas y que tal vez usted pueda aclarar: el hecho de que un miembro del Partido Comunista haya trabajado en la Vicaría de la Solidaridad...

—Ese es un asunto de la Vicaría de la Solidaridad que depende del Arzobispado de Santiago, donde a mí no me corresponde meterme porque se trata de una diócesis particular.

—Esa es una respuesta burocrática, Monseñor. Usted es miembro de la Iglesia y si puede hablar del rolde ella en una sociedad, podrá explicar lo otro.

—De por sí no es normal que en organismos de Iglesia trabajen, en cargos de confianza, personas ajenas a la Iglesia. Pero puede haber circunstancias especiales que expliquen el por qué en un caso determinado eso ocurra. Es el Vicario o el Arzobispo de Santiago los que pueden explicarlo y no yo.

Paz afuera y no adentro

— *¿Cree usted que, en definitiva, el Papa va a venir a Chile?*

—Hay que tomar en cuenta que el Santo Padre tiene que recorrer todos los países. Él sabe que le queda por conocer el cono sur, porque no es solamente a Chile donde no ha venido, sino tampoco a Bolivia, Uruguay, Paraguay y Argentina (donde sólo estuvo pocas horas por motivos muy concretos, pero que aún no visita). La otra razón por la que aún no viene es por la situación del Tratado de Paz. Ahora que se está por firmar, ciertamente que actualizará esta visita. Es muy probable que el Santo Padre venga, si no es a fines de este año, por lo menos a principios del año próximo. Y vendrá a Chile, a Argentina, a Paraguay, Uruguay y Bolivia.

—*Algunos sostienen que Chile pudo conseguirlo más y no lo menos: consiguió la paz con Argentina, sin embargo, no consigue una paz entre los propios chilenos...*

—Creo que tienen razón. El Santo Padre nos ha enseñado a conseguir la paz entre dos pueblos y ahora nosotros quisiéramos que la Iglesia pudiera enseñarle a Chile a conseguir la paz dentro del mismo pueblo,

—*Así como la autoridad chilena tuvo la claridad de recurrir a la Santa Sede para el conflicto arbitral con Argentina, ¿cree usted que tiene esa misma claridad para que la Iglesia chilena asuma ese papel conciliador?*

—No sé lo que piensan los demás.

—*Pero, de acuerdo al "por sus obras los conoceréis", ¿se le permite a la Iglesia esa tarea?*

—Por lo general, los políticos chilenos han sido muy poco clericales en los últimos 70 años. Y los obispos hemos sido poco inclinados a tener contacto con los gobernantes. Siempre hemos querido respetar la mentalidad laica de nuestro pueblo, en el campo de la política. No quisiéramos volver a tiempos pasados en que la Iglesia era un factor político. Nosotros queremos ser un factor evangélico, que actúa a nivel de las conciencias. Salvo, repito, en casos extraordinarios.

¿Dónde está Dios?

—*Monseñor, existe una desazón entre grandes sectores de gente que palpan una especie de apocalipsis: gente joven se muere de cáncer, otros pasan por grandes depresiones que a veces terminan en el suicidio; hay poca esperanza, hay pobreza, nos azota un terremoto. ¿Qué pasa con la teórica esperanza que tiene que tener un cristiano?*

—Es cierto que lo que usted describe existe en la juventud. No se ve claro el futuro. El cielo se ve cubierto de nubes. Pero un cristiano sabe que cualesquiera sean las nubes, detrás de ellas está el sol. Esa es la fe. Esa es la esperanza. Aunque estemos coyunturalmente angustiados, sabemos que el sol va a salir. Nosotros no sólo predicamos a Cristo crucificado, sino también a Cristo resucitado. Si se está viviendo un momento de crucifixión, hay que verlo a la luz de la resurrección que le va a seguir.

—*Es que muchos no viven nunca la resurrección, al menos en la tierra. ¿Dónde está Dios ahora, Monseñor?*

—Yo he meditado mucho últimamente sobre el sufrimiento; es un tema que yo también vivo. Pero mi respuesta es la del optimismo que brota del Evangelio a la luz de la esperanza. Es una virtud que se debilita en la medida en que se debilita la fe, que se debilita el amor, porque las tres virtudes teologales van juntas. Donde hay mucha fe hay mucho amor, y ahí hay mucha esperanza. Nosotros estamos para encender la fe, la esperanza y el amor. Ese es el quehacer permanente de la Iglesia y es lo que le da eficacia actual: si la Iglesia renuncia a ese mensaje, pierde eficacia histórica. En la medida en que la Iglesia vive lo que en ella es ahistórico, tiene eficacia histórica. En la medida que renuncia a lo que es de todos los tiempos, a lo que es eterno en ella para actualizarse, pierde toda eficacia actual.

—*Pero esa atemporalidad es también un arma de doble filo. Si bien consigue mantenerla viva, también puede alejar a los seres con cuerpo y alma porque pueden no encontrar respuestas...*

—Si una persona se está ahogando porque no sabe nadar y otro, que tampoco sabe nadar, quiere salvarla, tendrá que sujetarse con una mano a un tablón y con la otra sujetar al que se está ahogando. Si yo suelto el tablón, nos ahogamos los dos; si suelto al que se está ahogando, se ahoga él. Y ésa es la Iglesia, con una mano tiene a Dios y con la otra al hombre. Si suelta al hombre, se pierde; si suelta a Dios, se pierden la Iglesia y el hombre. La voluntad de Dios es que uno no suche ninguna de las dos manos.

Respuestas para hoy

—*Usted es un intelectual, Monseñor, y la imagen que proyecta tiene algo de diplomática. ¿Cómo es su lado de sacerdote propiamente tal?*

—No me considero diplomático. Creo que es un adjetivo que jamás se me ocurriría acoplar a mi persona. Un intelectual... Bueno, todos los sacerdotes son un poco intelectuales porque los estudios de teología y de filosofía lo llevan a uno a ser un poco abstracto. Pero el obispo, en cuanto es pastor, es esencialmente un hombre concreto, que vive con las personas en la realidad de la vida. Así es que no me siento interpretado por ninguno de los dos términos, ni diplomático ni intelectual. Ahora, ¿cómo entiende un obispo su misión?

—*No, no un obispo. Usted.*

— ¿Yo? Por temperamento, yo diría que soy más de la base que de la dirección. Yo dedico una parte considerable de mi tiempo a dar retiros, a predicar, a celebrar la eucaristía y los sacramentos, a

conversar con la gente, a atender al que me viene a ver, a tratar de ayudar a los que se encuentran en necesidad. Pienso que como obispo sigo llevando la vida de un sacerdote, tomando en cuenta que necesariamente un obispo tiene que desempeñar una parte de administración, de orientación, de representación, a la cual hay que darle el tiempo necesario. Pero mi vida como obispo la entiendo como que antes que nada soy un predicador de la palabra de Dios.

— *¿Y cómo se las arregla en la práctica para ser un hombre actual, con respuestas de hoy, que tal vez no son las mismas que consolaban ayer?*

—Nosotros tenemos que llevar a los hombres de hoy a su destino, trabajamos con ellos, no con los de ayer; con sus angustias, sus violencias, sus acciones. Y debemos lograr que ellos puedan vivir la vida del mundo de hoy con inspiración evangélica. En ese sentido tenemos que ser actuales. Otra cosa es dar una gran parte de nuestro tiempo a la lectura del diario o de las cosas que suceden; lo actual no es siempre lo fundamental. Un gran periodista de El Mercurio, Carlos Silva Vildósola, decía que el mejor artículo de diario es el que queda obsoleto a las doce del día. Y al revés, yo diría que la mejor prédica es la que queda grabada en la conciencia hasta la hora de la muerte. Nuestro mensaje no se va improvisando día a día, es atemporal, sirve para todos los tiempos, pero se debe adaptar al mundo de hoy.

—*Usted organizó un seminario sobre Chile 2000. ¿Le inquieta particularmente el futuro?*

—Siempre he tenido la inquietud intelectual proyectada hacia adelante. Me interesa mucho el futuro y me desapego fácilmente del pasado. Cuando pienso en Chile, no pienso en ningún retorno a lo que hemos vivido. Lo que pasó, pasó. Me obsesiona lo que vamos a hacer en los próximos años. Me inquieta cuando veo que muchos están enfrascados en el presente o en el pasado. Ese seminario tenía como finalidad reflexionar sobre el futuro, sobre la construcción de lo que se llamó la civilización del amor.

— *¿Y su visión del futuro es optimista o pesimista?*

— Soy optimista en cuanto al destino personal de cada cual, en el sentido de que, pese a los fracasos, existe la esperanza de salvación personal. Pero también soy optimista con respecto a nuestro país y al mundo: el espíritu de Dios está activo aquí. Basta que nosotros seamos dóciles para que todo se enderece y eso puede ocurrir en cualquier momento. Un cristiano siempre tiene que ser optimista.

—*Muchas gracias, Monseñor.*

Mayo 1985

La tensión entre la Iglesia Católica y el gobierno militar vivía sus momentos más difíciles. Como siempre. Porque la verdad es que nunca fueron distensas esas relaciones entre 1973 y 1990.

Monseñor Pinera era el Presidente de la Conferencia Episcopal y estaba permanentemente dando la cara por las decisiones de la Iglesia. Pero se cuidaba demasiado. No solamente pisaba sobre huevos cuando debía hablar

desde su pedestal eclesiástico, sino además sus propios pudores lo dejaban mudo frente a cualquier pregunta personal. Nuestra conversación fue siempre tensa. El no aflojó en ningún momento. Sin embargo fue sincero. Parco, pero sincero.

Solamente al final, ya en la puerta, se permitió recordar con mucho humor que me había conocido en Nueva York cuando su hermano José era Embajador en Naciones Unidas. Yo viajaba con mi mamá y coincidimos en una invitación a ver la obra de teatro Hombre de La Mancha. Se reía en voz alta ahora al recordar cómo su cuñada le tapaba los ojos a él y mi mamá a mí cuando Dulcinea aparecía con sus amplios escotes... "A mi no me dejaban ver porque era cura y a ti, porque eras chica..."

Al oír su risa y la nitidez de su recuerdo, comprendí por qué me había dejado ir a entrevistarlo.